

100 AÑOS DE fútbol

EL MUNDIAL DEL 30



CARLOS MARTINEZ MORENO

13

100 AÑOS DE fútbol

HISTORIA DEL FUTBOL URUGUAYO

Jueves 26 de febrero de 1970

DIRECTOR

Franklin Morales

ASESOR DE LA DIRECCIÓN

Eduardo Gutiérrez Cortinas

AYUDANTE DE LA DIRECCIÓN

Rafael Bayce

DIAGRAMADO

Horacio Añón

EDITOR

Julio Bayce

Editores Reunidos

Cerro Largo 949 Tel. 8.03.18 Montevideo, Uruguay

DISTRIBUCIÓN GENERAL

Arca S. R. L.

Colonia 1263 Tel. 8.32.00

DISTRIBUCIÓN INTERIOR, QUIOSCOS Y CANILLITAS

Distribuidora Uruguaya

de Diarios y Revistas

Ciudadela 1424 Tel. 8.51.55

PUBLICIDAD

Vértice

Sells 1563 Tel. 9.13.22

Impreso en Uruguay por Impresora Rex S. A.

Gaboto N° 1525 — Teléfono 4.90.48

Hecho el depósito de ley. - Amparado en el

Art. 79 de la Ley 12.349 (Comisión del Papel)

Copyright EDITORES REUNIDOS

LA DIRECCIÓN NO COMPARTE NECESARIAMENTE
LA OPINIÓN DE LOS AUTORES.

13

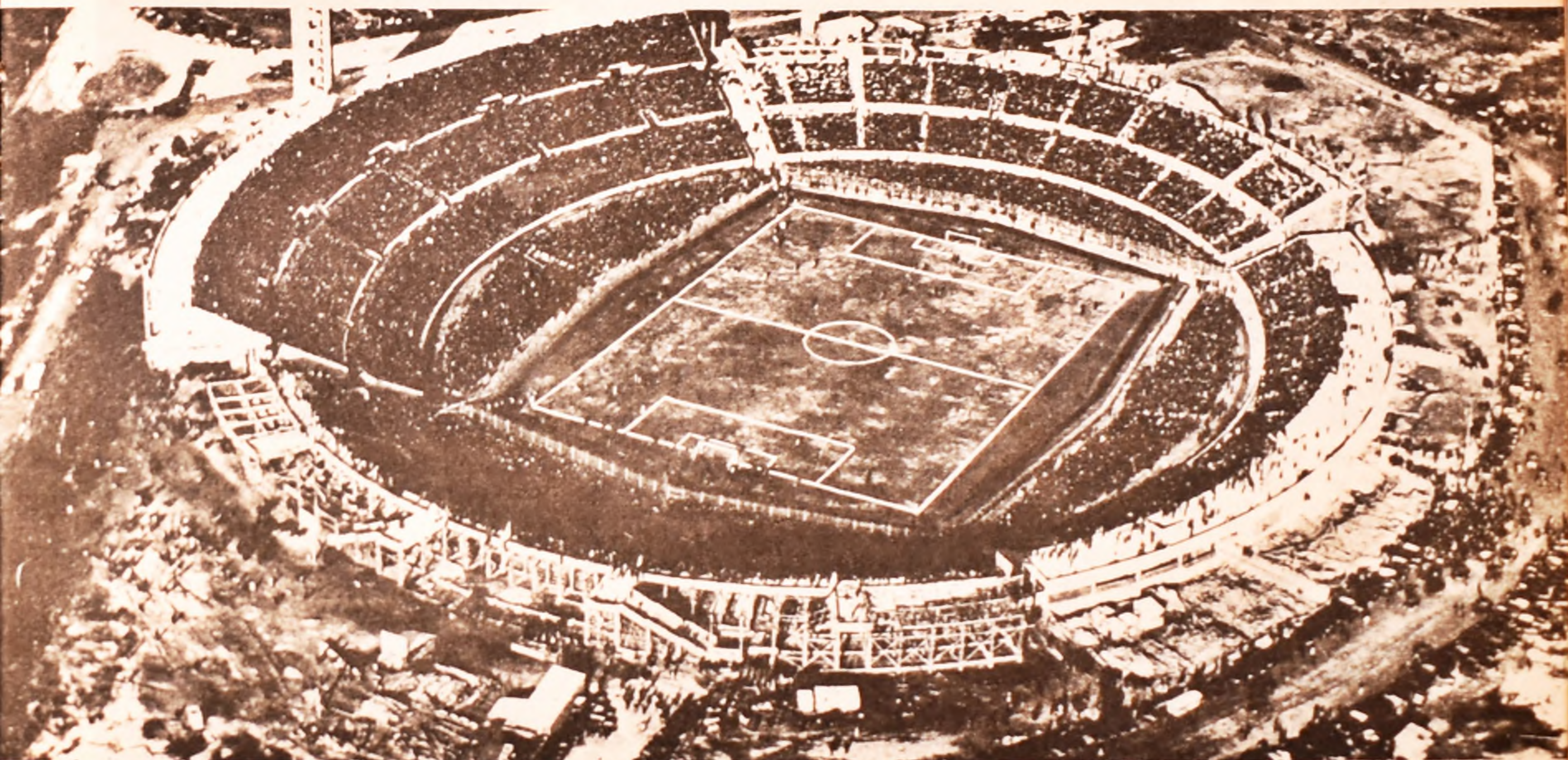


El primer Campeonato Mundial de Fútbol, disputado en Montevideo, fue deportivamente la reiteración de la superioridad del juego rioplatense, que llegó a una tensa final como dos años antes. La vieja generación olímpica halló los medios técnicos y espirituales para responder a la exigencia. Pero más allá de la cancha, Uruguay también admiraba al mundo con la pujanza optimista de su sociedad.

CARATULA: el abrazo final de Lorenzo Fernández, Pedro Ceo y Hector Scarone.

EL MUNDIAL DEL 30

CARLOS MARTINEZ MORENO



Por fin llegó la tarde del 18 de julio de aquel 1930: el Estadio Centenario abría sus puertas a una muchedumbre impaciente, por sobre encofrados y andamios que asoman en las tribunas Colombes y Amsterdam. Se había terminado ocho días antes, pero aún el cemento estaba en parte fresco y un diario vaticinaba su inminente derrumbe. Se trabajó en tiempo "record", pues la remoción del terreno comenzó recién en febrero, excavándose varios metros por debajo del primitivo nivel del antiguo "Campo Chivero". Algunos ojos de agua crearon ya los primeros problemas en el terreno de juego.

Uruguay había ganado los VIII y IX Juegos Olímpicos en fútbol (Colombes, Francia, 1924, Amsterdam, Holanda, 1928). Ya en el Congreso que celebró la FIFA (Federación Internacional de Football Asociación) en junio de 1928 en Amsterdam, se convino prácticamente en excluir el fútbol del conjunto de los juegos olímpicos. En adelante, las Olimpiadas sólo contarían con unas pálidas competencias de la parte amateur de un deporte que había dejado ya para entonces —abierta o encubiertamente— de ser amateur.

Se acordó que el Primer Campeonato Mundial de Fútbol (o Football, porque por aquella época se usaba el vocablo compuesto en su escritura inglesa originaria) se efectuaría en 1930; un nuevo congreso a celebrarse en Madrid, en mayo de 1929 —la primavera española siguiente a aquel verano holandés— resolvería todo lo relativo a la organización y la sede del certamen.

TENIAMOS QUE SER LA SEDE

Uruguay tenía mejores títulos que nadie para que la ocasión fuese suya: acababa de ganar las dos competencias mundiales inmediatamente anteriores y, además, en ese año de 1930 conmemoraba el centenario de su organización institucional. Eso explica que el primer campeonato mundial de fútbol se haya jugado en invierno (julio de 1930, mes del centenario) y no en verano, como las olimpiadas que le precedieron.

En febrero de 1929, José G. Usera Bermúdez y Roberto Espil presentaron a la Comisión Directiva del Club Nacional de Football un proyecto, según el cual se reclamaría para Uruguay el privilegio histórico de ser la sede del Primer Campeonato Mundial de Football. La Asociación Uruguaya de Football (A. U. F.) compartió y aprobó el proyecto originariamente proijado por Nacional y destacó al Dr. Horacio Baqué

para que abogara por la continentalización de la iniciativa. Se reunía el Congreso de la Confederación Americana, y se trataba de que la petición saliera homologada desde allí, por un haz de países. Se encontró el generoso eco de la unanimidad, y la propuesta fue, desde entonces, sudamericana y no sólo uruguaya.

Había que ganar —recuerda el album conmemorativo del cual tomo estos datos, unidos a los que guarda mi memoria— la voluntad de los países europeos. Era presidente de la República el Dr. Juan Campisteguy, ministro de Relaciones Don Rufino T. Domínguez (a quien habían planteado una interpelación famosa por su asistencia a un te-deum) y subsecretario del Exterior Don Alvaro Saralegui. El país oficial, eufórico a las puertas del centenario de sus instituciones, se lanzó a obtener el sufragio del mundo.

El diplomático de carrera Dr. Enrique Buero y el periodista Don Hé-



Roberto Espil, coautor del proyecto de realizar el Campeonato en Montevideo.

tor R. Gómez (fundador de *El Diario*, vespertino que concedió desde su origen tanta importancia publicitaria al fútbol) concurren a defender nuestros puntos de vista en el Congreso de FIFA, que no se celebraría en Madrid sino en Barcelona. El 18 de mayo de 1929, por aclamación, el Congreso de la FIFA decidió que Montevideo fuera la sede del primer campeonato mundial de fútbol; otro campeonato que el país sede habría en definitiva de adjudicarse.

EL PAÍS OPTIMISTA DEL CENTENARIO

¿Qué pasaba, entre tanto, en nuestro país? El 20 de octubre de 1929, en el Hospital Italiano, bien cerca de donde habría de erigirse el Estadio, moría (septuagenario pero aún en pleno vigor de su imperio político) Don José Batlle y Ordóñez. Puede pensarse que nuestros grandes caudillos (también Herrera) han sabido morir, en el umbral de épocas que pudieran haber superado, con el peso de las adversidades, la acción ya crepuscular de su presencia. Hoy, a muchos años vista, es posible pensar que —como dicen sociólogos y economistas— el modelo batllista de crecimiento estaba a punto de agotarse sobre la instancia del Centenario. El etatismo (a esa altura, más etatismo que dirigismo y planificación) que había hecho la novedad del batllismo, avanzaría en adelante poco y mal: la Ancap es del 15 de octubre de 1931 (del mismo día del

pacto político de reparto de cargos públicos institucionalizado por ley, entre batllistas y nacionalistas independientes, que Horacio Abadie Santos bautizaría como "pacto del chinchulín"), otros servicios se incorporarían al dominio del Estado en años siguientes. Pero la dinámica del presunto socialismo (o capitalismo) de Estado, estaba entonces desfalleciente. La muerte de su imponente progenitor, hizo pensar a muchos que el país tomaría por otros caminos. Demoró algo en verse (hasta la madrugada del 31 de marzo de 1933) pero al final se vio.

El fútbol —como en otros tiempos el tango— ha sido un "perdonado" por nuestros estudiosos universitarios, un imposible "olvidado"; al mismo tiempo, la peor cursilería del periodismo radial y escrito se ha cebado en él, poniendo a prueba su vitalidad con estúpidas leyendas de machismo, fatalidad y coraje.

Del olvido universitario del fútbol (contra el que ha reaccionado, desde las páginas de la *Gaceta de la Universidad*, Franklin Morales) es índice elocuente el hecho de que la escurpulsosa *Cronología comparada de la Historia del Uruguay, 1830-1945*, de Paris de Oddone, Faraone y Oddone, ignore que en 1930 el Uruguay ganó el primer campeonato mundial de fútbol. Todo lo que incidentalmente alude al punto es una mención inexplicita a "Festejos del Centenario de la Jura de la Constitución (VII)", entre los cuales no estaba necesariamente previsto que figurase el primer título mundial de fútbol; y —en el rubro "Arquitectura"— la constancia: "Estadio (Centenario): Inauguración; Montevideo; autor Juan A. Scasso". O sea, que no se traspapeló el dato sino que acaso se omitió por pequeño, en una cronología comparada que sin embargo recuerda que alguien pintó ese año una "Naturaleza muerta del sombrero"...

No es necesario acudir a tal cronología para recordar ciertos hechos de aquel 1930 henchido de peripecias. Uruguay recapitulaba la engañosa, poco duradera sensación de su fuerza presente, en el trance de conmemorar sus cien años constitucionales: se publicaba una *Colección Legislativa* emérita, Alberto Zum Felde lanzaba su impresionante *Proceso intelectual del Uruguay* y Reyles concertaba (desconcertaba) la unión de una plural *Historia sintética de la Literatura Uruguaya*, que es un gran fiasco a muchas voces; la generación del 20, los nativistas, los emergentes escritores del Centenario (Espínola a la cabeza) estaban en plena producción. Estrenaba en el país el músico Eduardo Fabini y exponía en el extranjero el maestro Joaquín Torres-García. Habíamos ro-



José G. Usera Bermúdez, el otro autor de la trascendental iniciativa.

to relaciones con el Perú dictatorial, aunque los peruanos estarían luego (¡y cómo!) frente a nosotros en el match inaugural del Estadio (18 de Julio de 1930).

El último domingo de noviembre debía elegirse nuevo Presidente, en el régimen del Ejecutivo duplex (Presidente con el contralor directo de las carteras del Interior, Guerra y Marina y Relaciones Exteriores, coexistiendo con un Consejo Nacional de Administración de nueve miembros, renovable a tercios). Las vísperas electorales no eran entonces tan largas como se han hecho después. Recién en octubre se concertaría el pacto pre-electoral llamado del "handicap", según el cual, por un compromiso político de renuncias que le abrieran paso, los sectores batllistas mayoritarios dejarían la presidencia al líder riverista Dr. Pedro Manini Ríos siempre que éste obtuviera, en los comicios, el mínimo del 17 y medio por ciento de los votos del total del lema. No había tampoco unidad entre los batllistas, aunque el lema amalgamara luego sus votos y los del riverismo, contra el otro lema tradicional. Los candidatos colorados eran el Dr. Gabriel Terra, patrocinado por el vespertino batllista *El Ideal* ("Ideal", aliteración de "El Día") dirigido por el médico Dr. Francisco Ghigliani (argentino de origen, imprescindible por eso, hombre de fuerte personalidad y ambiciones); el Dr. Federico Fleurquin, candidato sin "glamour" popular, presentado como colorado neutral por el sector colegialista ultra de *El Día*, que consideró

siempre a la Presidencia como una mala tentación para correligionarios; y el Dr. Pedro Manini Ríos, líder riverista, con el soporte del tandem periodístico *La Mañana* y *El Diario*. Los candidatos blancos eran el Dr. Luis Alberto de Herrera, obviamente mayoritario dentro del lema, y el Dr. Eduardo Lamas, candidato del nacionalismo independiente.

Al desenlace se asistiría meses después de la consagración uruguaya en el Primer Campeonato Mundial de Fútbol. Pero el país ya estaba solicitado por estos planteamientos, mientras —en los días de julio— se volcaba al Estadio Centenario o seguía, en las imperfectas transmisiones radiales de la época, la gran victoria del 30 de julio (los políticos de viejo cuño antioficialista, cuando evocan una gran victoria en este día, suelen remitirse al año 1916 y a la elección de Constituyente).

LA GRAN VICTORIA, AL FILO DE LA CRISIS

¿Todo era tan victorioso en el año 30 uruguayo? Evidentemente, no. El crack de la bolsa de Nueva York, en 1929, había marcado el clivaje de una gran crisis mundial; y un

país dependiente habría de sentirla con la mayor fuerza. Eduardo Acevedo Alvarez ha escrito acerca de *La gran obra de los poderes constitucionales frente a la crisis* (primero de dos libros destinados a ensalzar las bondades de la institucionalidad frente a la dictadura, también en materia económico-financiera) y ha reseñado una compleja operación de salvataje nacional, que no habría de impedir que ocurriera la ruptura de cauce constitucional del 31 de marzo de 1933. El país estaba en el centro del vórtice pero aun no lo sabía, o no quería saberlo; porque la ilusa mentalidad liberal de la época se reflejaba en muchas de las expresiones del país, y no sólo en aquéllas confiadas a los políticos.

El Uruguay del Centenario, con 1.900.000 habitantes, con 7 millones de cabezas de vacunos, 20 millones de ovinos, 98.000 personas ocupadas en agricultura, 44.564 automotores y —hoy nos parece inverosímil— sólo 30.017 empleados públicos, era un país en crisis.

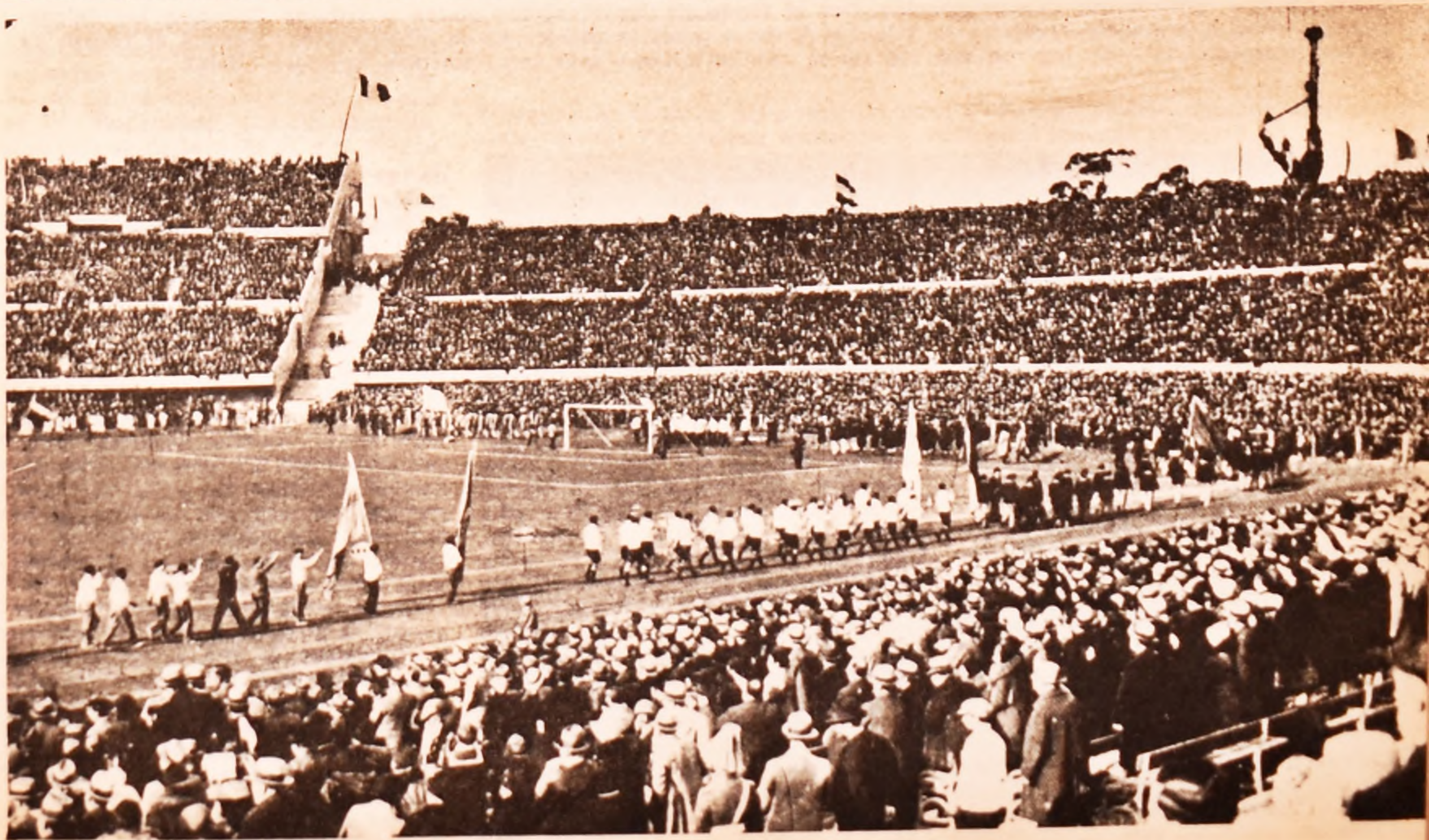
Pero frente a las acechanzas y aun a los abismos, la víspera del Primer Campeonato Mundial de Fútbol abría una tregua. El país se recogía sobre sí mismo, en la infatuación de sus

cien años (no tan apacibles, no tan continuos) de vida constitucional; y el fútbol habría de poner —a distancia, hoy puede decirse sin demasiada irreverencia— el sello más memorable a tal conmemoración.

EL ESTADIO, UNA OBRA A LO GRANDE

En lo más concreto y factible, la primera obligación del país fue la de erigir un Estadio de Fútbol digno de la ocasión que afrontaba. Teníamos dos estadios menores: el Parque Central, del Club Nacional de Football, en su actual emplazamiento de 8 de Octubre y Cibils y la cancha de Peñarol en Pocitos, con frente a la calle Pereira, en la actual confluencia con Avenida Rivera y Avenida Soca. En esas canchas se disputaron algunos de los partidos: los de menos público previsible, los de gravitación menos decisiva. Pero era necesario tener un Estadio mayor para las competencias mayores: ese fue el origen del Estadio Centenario, en el parque que ya había empezado a llamarse Batlle y Ordóñez, pero que el público seguiría llamando (por muchos años y hasta hoy) Parque de los Aliados.

El desfile inaugural, con el público de pie. La fotografía —tomada desde el Palco Oficial— muestra la platea América y a la derecha el talud y los dos tramos de la tribuna Amsterdam, a los que se agregaría el tercero recién en 1956. Las delegaciones van pasando y algunos brazos en alto retribuyen la cálida acogida del público. La cancha, desierta, espera el instante de que comience a rodar la pelota.





Trece equipos confirmaron su participación. Con el fondo de las atestadas platea y tribuna Olímpica las delegaciones vienen a alinearse frente a la tribuna América para la ceremonia de inauguración. Aunque el torneo ya estaba promediando —se jugaron acá las series eliminatorias— ésta es su solemne apertura oficial.

Ese Estadio —“con capacidad momentánea para 80.000 personas”, dice el album de Arturo Carbonell Debali— era menor que el que hoy tenemos: la Tribuna Olímpica, que se llamó Montevideo pero que la gente sigue llamando Olímpica, tenía ya sus tres tramos actuales; la América tenía el único tramo que hoy continúa teniendo, pero las tribunas de Colombes y Amsterdam, “de atrás de los goles”, tenían dos tramos cada una, y hoy han alcanzado el nivel de la Olímpica.

Todo se previó a lo grande, por una propensión del país y de la época: una Torre de los Homenajes con diez pisos de altura, enclavada en la parte superior central de la Olímpica, con ascensor interno, proa de nave y alas de avión. Era un escándalo de suntuosidad, que el público jamás aprovechó; es un monumento nacional desahogado, y habría sido seguramente un despilfarro irredimible si el 30 de julio de 1930 hubiera tenido que izarse allí otro pabellón que el nacional del sol y las nueve franjas. Pero así era de grandioso

el país optimista (y amenazado) de 1930: en el proyecto originario se prevé “un gran pórtico decorativo, que será revestido de mármol y de pórfido, empleándose piedras nacionales, para que el Estadio sea también un exponente de la riqueza y de la industria del país”. Ese Palacio Legislativo del Fútbol jamás se llevó a completo término; y si en sus entrañas previstas para bares y piscinas y otros esparcimientos hoy alberga una escuela pública y una comisaría de tránsito, la diferencia entre aquel sueño de pórfido y esta realidad de educación y de policía, mide el camino recorrido para el país; no para mal en todos los casos, como lo abona la presencia de una escuela...

Los proyectistas fueron los arquitectos Scasso y Domato, aunque sólo el primero de ellos ha figurado ostensiblemente en la documentación oficial de la obra. Se previó una gran estructura elíptica, con dos taludes habitables para ver los partidos de pie, detrás de las vallas, y dos plateas (Olímpica y América) delante

de las dos tribunas de situación preferida: la Olímpica, tendido de sol, la América, tendido de sombra.

El campo de juego se previó de las dimensiones internacionales máximas (91 x 118 mts.) y se realizó en 82 x 110. Los ángulos del field se excavaron a 6, 7, 9 y 11 metros por debajo del primitivo nivel del terreno, para amainar la fuerza de los vientos, en la gramilla y en la obra muerta de las tribunas. Hubo problemas con los ojos de agua del Campo Chivero; la pelea por una gramilla a tono con el Estadio es aún hoy —a cuarenta años de su realización— una batalla empecinada y en camino de perderse.

La forma de elipse, achatada hasta acercarse a la circunferencia, coloca los goles casi de N a S; “en la línea interior del Estadio —dice Carbonell Debali— cabe el Coliseo de Roma, lo que da idea de su magnitud”.

La obra ocupó 450.000 metros cuadrados de terreno y la excavación alcanzó a 160.000 metros cúbicos de tierra; se emplearon en la estructura 14.000 metros cúbicos de cemento

armado. Compartió el signo de toda nuestra preparación nacional para tales eventos: se emprendió tarde y a la disparada, en febrero de 1930. Se trabajó a tres turnos, en la noche bajo grandes reflectores, y se dio por terminado el 10 de julio. El 18, cuando se inauguró, el cemento estaba casi fresco y un diario montevideano de media mañana (*La Tribuna Popular*) vaticinaba el inminente derrumbe. Para el partido de Uruguay y Rumania, hubo una pequeña zona clausurada, en una de las tribunas. Se calculó su costo en un millón y medio de pesos de la época ("oro"), "sin incluir la decoración en materiales nobles", que nunca se llevó a cabo.

El presidente de la FIFA, M. Jules Rimet, dijo que era el primer estadio del mundo, entre los dedicados exclusivamente a fútbol; el Ing. Mauricio Fischer, vicepresidente de FIFA, dijo no conocer ninguno tan cómodo, tan amplio y que permitiera ver tan bien desde cualquier parte.

Opus magna del Centenario, en él se ha practicado ocasionalmente basket-ball, boxeo y llegadas de las vueltas de ciclismo, además de actos artísticos populares o mítines multitudinarios de la República Española. Pero, fundamentalmente, ha servido al fútbol, que hoy es su único destino y su costosa prenda.

LAS CUATRO SERIES

La organización del certamen fue naturalmente compleja, pero la buena experiencia de la FIFA y el denuesto de los dirigentes locales —con el Dr. Raúl Jude, notorio abogado, a la cabeza de la A. U. F. y el ubicuo y competente Roberto Mibelli en los puestos de ejecución práctica— permitieron armar satisfactoriamente un plan y llevarlo a buen término.

Se votó un previsor reglamento de 23 artículos, que fue completado luego con las resoluciones tomadas por el Comité Organizador. Entre otras, una que suena curiosamente para nuestro tiempo, en que el sorteo de árbitros se hace casi a la hora de salir los equipos a la cancha: la designación de los jueces debería practicarse con una anticipación mínima de 48 horas. Se aceptó la inscripción de árbitros presentados por siete delegaciones (Uruguay, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, México y Rumania) además de los dos nombrados por la FIFA, de los cuales el belga John Langenus, con su vaga tenida de ciclista o globetrotter, estampa delgadísima y medias elásticas sobre pantalón abullonado a la rodilla, habría de ser el referee del match final.

Confirmaron su participación trece equipos. La FIFA decidió, a tenor del Reglamento, que habría cuatro

series y determinó las cabezas de serie del siguiente modo: 1ª, Argentina, 2ª Brasil, 3ª Uruguay, 4ª EE.UU. y Paraguay. Hecho el sorteo a partir de estos puntos, las series quedaron finalmente así:

- 1ª Argentina, Francia, Chile, México;
- 2ª Brasil, Yugoslavia, Bolivia;
- 3ª Uruguay, Rumania, Perú;
- 4ª EE. UU., Paraguay, Bélgica.

Se clasificaría sólo uno por serie, pasando los cuatro triunfadores a las semi-finales.

EL EQUIPO DEL 30 EN EL CALCULO PREVIO

La preparación de los uruguayos y la misma selección del plantel, habían sido puntos altamente cuestionados. Se empezó tarde, no se empezó bien. César L. Gallardo —el hombre que más sabe de la historia de nuestro fútbol— ha dicho que las dos mejores expresiones futbolísticas que dio el país fueron los equipos del 12 y del 30. Yo tenía doce años en esta última fecha y devoraba todo lo que se escribiese sobre fútbol; recuerdo, por tanto, que en aquellos días no se tenía tal concepto de la potencialidad local.

Los valores principales del equipo o venían del 24 (Nasazzi, Andrade, Héctor Scarone, Petrone, Cea, Santos Urdinarán) o habían tenido su cenit en el 28 (Lorenzo Fernández, Gestido, Héctor Castro); de los nuevos, Enrique Ballestrero (guardava-

lla de Rampla), Ernesto Mascheroni (del Olimpia, originariamente suplente de Domingo Tejera, de *Wanderers*, y luego titular sobre la marcha del campeonato, ambos para la sustitución del "indio" Arispe, como Ballestrero y Capuccini estaban para la del "buzo" Mazali), Pablo Dorado de *Bella Vista* y el inefable "canario" Santos Iriarte, ninguno parecía especialmente portentoso, en el papel y antes de los acontecimientos. Sólo uno, que se descartó en la final por razones anímicas, era deslumbrante: Peregrino Anselmo (Nenín, Napoleón, 1º de Mayo); pero su idiosincrasia no era la de un ganador de batallas, sino la de un artífice. El equipo jugaba sobre sus reservas del 24 y del 28 y los mismos longevos (Nasazzi, Andrade, Lorenzo Fernández, Gestido, Scarone) estaban pasándose ya de su apogeo. Algunos no llegarían a Santa Beatriz (Lima, 1935), otros darían allí su canto del cisne en lo internacional. Comparado en el papel con el equipo argentino —siempre rodeado de mejor propaganda, como es habitual para la desventaja publicitaria de esta orilla— parecía el más opaco de los dos: Angel Bosio, que no jugó la final, era la maravilla elástica (le detuvo una vez, fuera de este Mundial, un shot increíble a Antonio Sacco y la foto ha quedado para la antología de los grandes goleros); Luis Monti (que en el Estadio se derrumbaría ignominiosamente ante un puñetazo del pequeño chileno Subiabre) era un

Uruguay, en la tarde del primer partido: Urdinarán, Iriarte, Petrone, Gestido, Cea, Castro, Fernández, Ballestrero, Andrade, Nasazzi y Tejera.



centro monolítico; y en la delantera estaban jugadores que tenían fama de ser los mejores forwards del mundo. Incluso le sobaban delanteros a Argentina: Perinetti, Peucelle, Varallo, Scopelli, Stábile, Ferreyra, Cherro, Demaría, Spadaro, Mario Evaristo, eran el lujo de una abundancia sin posible empleo conjunto. Argentina tenía más de once cracks; nosotros tal vez menos.

La selección dio origen a inevitables discusiones: recuerdo todavía el escándalo que se suscitó cuando fue preferido Juan Carlos Calvo, moreno, fuerte y tosco centre-half de Wanderers, al virtuoso "Bebe" Romero de la camisa afuera en Bella Vista. Hoy pienso que era un concepto de fútbol más aguerrido el que llevó a optar por Calvo (que, por lo demás, no jugó nunca); entonces escribí una colaboración burlesca que apareció publicada en un diario de Montevideo. Fue mi primera prueba periodística y era una tontería complicada y pseudo-ingeniosa (estaba en primer año de liceo).

El entrenador designado fue el Prof. Alberto Suppici (tío del corredor automovilístico que haría famoso el apellido años después). Suppici —excelente persona, un verdadero caballero— había sido toda su vida un maestro de plazas de deportes. Era un preparador físico, no era específicamente un técnico en fútbol. Pero la verdad es que todavía no se usaban, ni había jugadas diagramadas en pizarrones. Existe desde aquellos días la anécdota de cuando alguien quería enseñarle una jugada de flaqueo al canario Iriarte, sobre

la representación de un adversario que era, sobre la mesa, un salero inmóvil. "Sí, pero el contrario también juega", dijo el cazurro puntero en zapatillas que habría de colocar el famoso zapatillazo del 3 a 2 en la final.

Los verdaderos estrategas estaban entonces dentro de la cancha, bajo el caudillismo inigualado de José Nasazzi; recuerdo un partido de preparación, en la cancha de Pocitos, en que el trío delantero central (Héctor Scarone, Anselmo, Cea) hizo ya las maravillas que repetiría frente a Rumania y Yugoslavia.

Que luego algunos se revelaran mejores de lo que se les creía y que Ernesto Mascheroni jugara como un gran back y Santos Iriarte como el gran puntero alocado que nadie había pensado que fuese, es otro asunto. Pero nuestro equipo de 1930 no se encaminaba a ganar el campeonato sobre la base del reconocimiento de su superioridad técnica en el papel. La historia hay que contarla de otro modo.

LLEGADAS, ALOJAMIENTOS Y PRIMEROS PARTIDOS

Las delegaciones fueron llegando, todas por vía marítima (no estábamos aún en la era de los aviones para el fútbol) y se fueron instalando en sus alojamientos. Los argentinos lo hicieron en el Hotel de la Barra, en Santiago Vázquez; los uruguayos se habían concentrado en el Prado. Banquetes, discursos, visitas al Presidente de la República,

ofrendas al pie de la estatua de Artigas. Entre tanto, se confeccionó el "fixture", una palabra que por entonces estuvo en boga. El campeonato debía empezar el domingo 13 de julio (México-Francia y Bélgica-EE.UU.); el lunes 14 se medirían Perú-Rumania y Brasil-Yugoeslavia; el 15, Francia y Argentina; el 16, México-Chile; el 17, EE.UU.-Paraguay y Bolivia-Yugoeslavia; el 18 recién debutaban los locales, en su gran efemérides y en su gran estadio, jugando contra Perú; al día siguiente, Francia-Chile y Argentina-México. El domingo 20, Brasil-Bolivia y Bélgica-Paraguay; el lunes 21, adelantándose un día sobre lo previsto originariamente, jugaron Uruguay y Rumania; el 22, Argentina y Chile. Luego de esta rueda, quedarían clasificados los cuatro semifinalistas.

El 13 de julio, en la cancha de Pocitos y con el arbitraje uruguayo de D. Domingo Lombardi (voluminoso y excelente referee, que acaso no dejara jugar demasiado) Francia le ganó por 4 a 1 a México; el mismo día, los norteamericanos, en el Parque Central (arbitraje argentino de Macías) ganaron fácilmente por 3 a 0 a los belgas, impresionando por su gran estado atlético. Al día siguiente, 14, Perú perdió en Pocitos, por 3 a 1 frente a Rumania; eran los rivales de serie de nuestro equipo y Perú impresionó flojamente.

Ese mismo día, y en el Parque Central, la primera sorpresa del torneo fue la derrota del Brasil, por dos a uno, frente a Yugoslavia. Brasil hizo un partido muy frío y el guardavalla yugoslavo Yakchich —que jugaba espectacularmente, con guantes blancos— fue la mejor figura del campo, salvando la victoria de los europeos cuando Brasil quiso apremiar algo.

Argentina debutó en el Parque Central al día siguiente y su comienzo, frente a los franceses, fue bajo. También aquí el goalkeeper (Alexis Thepot, un saltarín con gran tricota para el invierno uruguayo) estuvo dilatando la victoria argentina. Y ella vino pero no por los delanteros sino desde la línea media albiceleste. Ante una falta del back derecho Mattler, el juez brasileño Almeida Rego sancionó el "foul". Y Monti, con tiro de "pelota parada" o pelota quieta (como no se decía entonces y se dice ahora) consiguió el único tanto. Los argentinos que habían llegado hasta el Parque Central a ver a su equipo, se retiraron visiblemente descontentos. El favorito no empezaba bien.

El 16, en el Parque Central, Chile (en la serie de Argentina) batió a México por 3 a 0. Y al día siguiente, en la misma cancha, los paraguayos debutaron simpáticamente, con ban-

La formación peruana que opuso formidable resistencia a los celestes Lavalle —el puntero derecho— creó pánico en la multitud.



dera uruguaya desplegada, pero fueron goleados por los norteamericanos: 3 a 0, y se tuvo al primer semifinalista clasificado, en tanto Uruguay no había empezado todavía su actuación en el campeonato.

Ese mismo día 17, en el espectáculo doble del Parque Central, Yugoslavia goleó al primitivo equipo de Bolivia (4 a 0) y también se clasificó semifinalista. Quienes habrían de ser adversarios de los rioplatenses, cerraban así su primera etapa y se agenciaban nueve y diez días, respectivamente, para descansar antes de la última rueda.

UN CENTENARIO, UN ESTADIO, UNA PENOSA VICTORIA

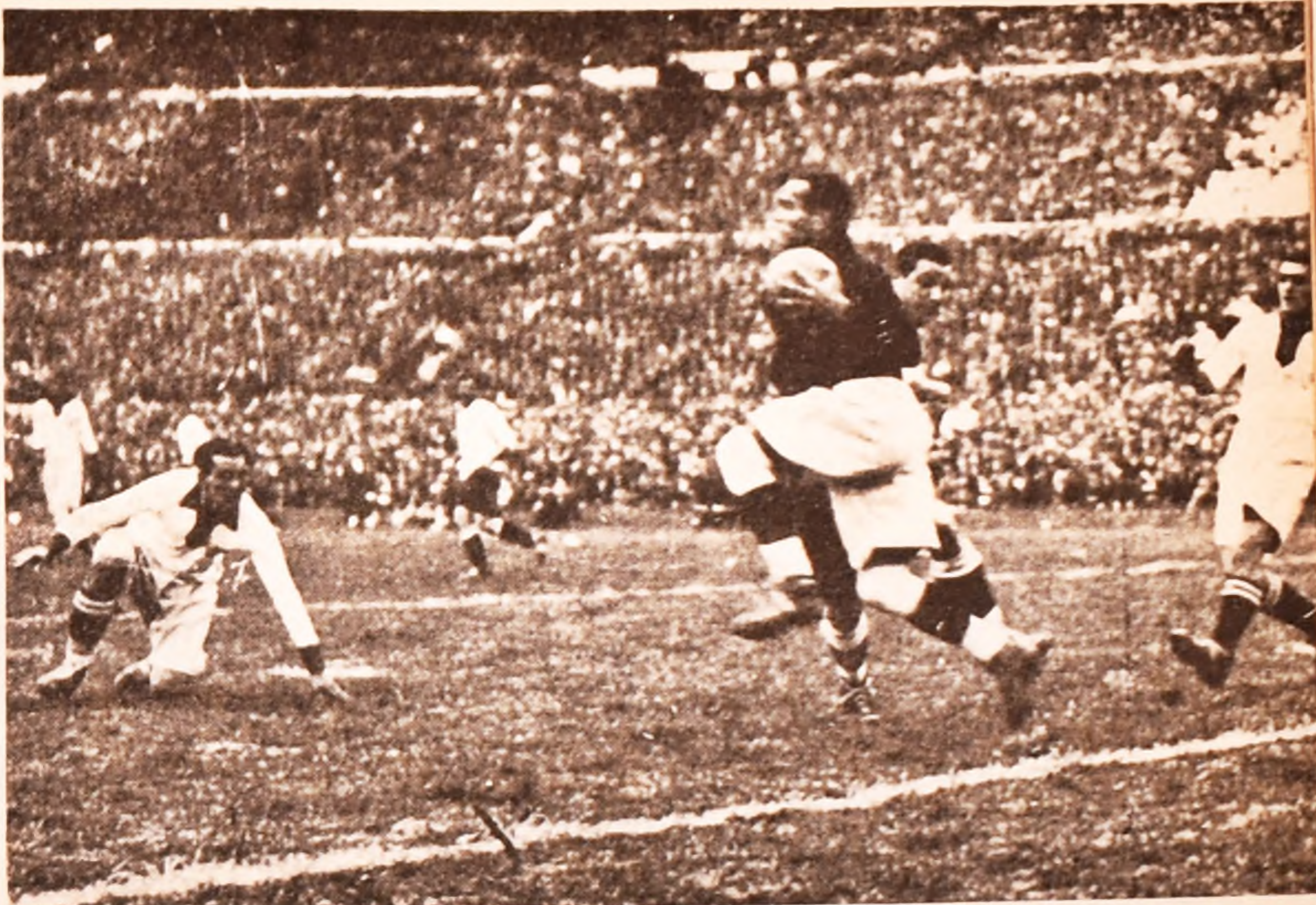
El 18, el día en que se cumplían cien años de la Jura de nuestra primera Constitución (sustituida en 1917), se inauguró el Estadio y debutó Uruguay.

Las entradas eran numeradas y la Olímpica costaba cincuenta centésimos; alguien, con todo, les llamó "precios de ópera". El lleno era absoluto, quedaban miles de aficionados por entrar.

Aunque el campeonato estaba ya promediado, aquélla fue su solemne inauguración oficial: desfile de delegaciones con sus equipos de fútbol o de promenade, banderas, himnos y un discurso del Dr. Jude, declarando inaugurado el Estadio, "síntesis armoniosa del ideal creador y patriótico de un pueblo que marcha, con la frente al sol, por el recto camino de su destino histórico".

Y luego el partido, que serviría de primera prueba a nuestra chance. Perú había perdido cuatro días antes contra Rumania, por 3 a 1. Alineamos contra él a Ballestrero, Nasazzi y Tejera; Andrade, Fernández y Gestido; Urdinarán, Castro, Petrone, Cea e Iriarte. Sólo faltaba, para una alineación totalmente ortodoxa, Héctor Scarone; pero tenía un suplente magnífico, y ese suplente fue en definitiva quien arrancó para nosotros la disputada victoria.

Los peruanos, camisa blanca a cuello y puños rojos, opusieron una resistencia inesperada. Pardón (o Padrón), pequeño goalkeeper que no había jugado contra Rumania, hizo paradas imposibles. Y el primer tiempo transcurrió sin tantos y con un equipo uruguayo que —a semejanza del argentino unos días antes— no se encontraba a sí mismo. En el segundo tiempo, el manco Castro recibió un pase de Cea y tiró cruzado desde 15 metros, haciendo entrar la pelota al arco de la Colombes. Fue el primer gol en la historia del Estadio Centenario; y fue ese día un alivio, pero no definitivo. Los peruanos, inferiores a los nuestros en calidad técnica,



El otro héroe peruano fue su arquero Pardón. Acá recoge la pelota ante la arremetida de su único vencedor: el manco Castro.

nica, contrataban impetuosamente, sobre todo merced a las embestidas de un puntero derecho, negro retinto de apellido Lavalle, que solía crear pánico desde el rincón de la América y la Amsterdam.

Al día siguiente, en el mismo Estadio, hubo un espectáculo doble, que tenía también un doble interés: correspondía a la primera serie, jugaban todos los cuadros de ella y afrontaban, por ende, sendos compromisos por separado Chile y Argentina, que se mantenían sin puntos en contra dentro de esa serie.

Chile y Francia hicieron un primer tiempo sin goles, pero a los 19' del segundo tiempo el entrea Guillerme Subiabre cabeceó venciendo a Thepot.

En el segundo partido de la tarde, Argentina venció a México por seis a tres y sus goles los hicieron, de a dos por autor, Stábile, el defensa Zumelzú y Varallo. Se comprobó lo que se sabía: que, como es ya tradicional en los equipos argentinos, tenía más calidad el ataque que consistencia la defensa. Argentina ganaba holgadamente, porque marcaba seis tantos; pero los bisoños mexicanos habían podido marcarle tres.

El día 20, en el Estadio, fue un día para perdedores y con grandes claros en la Olímpica. Los deshauciados jugaron entre ellos y Brasil venció a Bolivia por 4 a 0, en tanto Paraguay pudo hacerle un gol a Bélgica y ganarle.

45' PARA EL RECUERDO

En el primer tiempo del match del 21 de julio, Uruguay jugó seguramente el mejor fútbol del campeonato y le marcó, en 45', cuatro goles a Rumania. Después se dejó estar, a la espera de compromisos posteriores. Luego del comienzo penoso contra Perú, la clasificación en la serie había sido lujosa, facilísima, abrumadora.

Aparecieron variantes sobre la alineación anterior; Ballestrero, Nasazzi y Mascheroni; Andrade, Fernández y Gestido; Dorado, Scarone, Anselmo, Cea e Iriarte. Cada delantero hizo su gol, con excepción de Iriarte; en el segundo tiempo, ociosamente, se jugó para completar la lotería, pero Iriarte no pudo hacer su gol; se reservaba para un día más difícil y memorable.

Lo que ese día, contra el arco de la Colombes, hicieron Scarone, Anselmo y Cea, no podrá ser olvidado por nadie que lo haya visto: pases cortos, pelotas dejadas pasar, cortadas, cabezazos, taquitos, el repertorio completo de nuestro fútbol mayor estuvo esa tarde a disposición de las tribunas, para vengarnos del magro comienzo de tres días atrás.

Sólo quedaba por clasificar el finalista correspondiente a la primera serie, la más numerosa de todas, porque comprendía cuatro equipos; y ni Chile ni Argentina tenían puntos perdidos.



Tres días después Uruguay enfrentaba a Rumania y produjo el mejor fútbol del campeonato durante el primer tiempo. Hubo variantes en la formación porque aquel triunfo ante Perú sonaba a derrota. Iriarte fue el único delantero que no hizo ningún gol: se reservaba para un día más difícil y memorable. José Leandro Andrade, Enrique Ballestrero, José Nasazzi, Alvaro Gestido, Ernesto Mascheroni, Peregrino Anselmo, Lorenzo Fernández, Santos Iriarte, Pedro Cea, Héctor Scarone y Pablo Dorado.

El día siguiente, 22 de julio, en el Estadio y con el arbitraje de Lange-nus, se midieron esos dos virtuales finalistas de serie. Los chilenos tuvieron el obvio aliento del público, que ya recelaba al equipo argentino como adversario final; cuando el corpulento Monti tocó tierra con las espaldas, hacia el centro de la cancha y sobre el sector que da a la Amsterdam, el público no condenó demasiado la agresión de David a Goliath, originada en una incidencia dura del juego.

Los argentinos eran mejores y ganaron por 3 a 1, sin deslumbrar; y acaso el score fue generoso con las diferencias que se acusaron en la misma cancha. El primer gol fue a los 12' del primer tiempo y lo obtuvo de cabeza Stábile; el segundo, también de Stábile, vino casi en seguida. Subiabre aprovechó un error de Bossio para descontar y así terminó el tiempo; en el segundo, el puntero izquierdo Mario Evaristo obtuvo el tercer y último gol de los argentinos.

Ya teníamos los cuatro semifinalistas: ni Uruguay ni EE. UU. habían tenido goles en contra; uno le habían marcado a Yakchich y cuatro al famoso Angel Bossio.

Anselmo "duerme" la pelota en su pie izquierdo ante la desesperada acrobacia del arquero y defensa rumano. Anselmo jugó notablemente.



CAMINO DE LA COPA

18 de julio:

URUGUAY 1 PERU 0

URUGUAY: Ballestrero; Nasazzi y Tejera; Andrade, Fernández y Gestido; Urdinarán, Castro, Petrone, Cea e Iriarte.
PERU: Padrón; De las Casas y Maquillón; Denegri, Galindo y Astengo; Lavalle, Flores, Villanueva, Neyra y Souza.

Gol: Héctor Castro

21 de julio:

URUGUAY 4 RUMANIA 0

URUGUAY: Ballestrero; Nasazzi y Mascheroni; Andrade, Fernández y Gestido; Dorado, Scarone, Anselmo, Cea e Iriarte.
RUMANIA: Lapusneau; Burger y Tacu; Robe, Vogl y Eismbeiser; Kovacs, Desu, Werzer, Rafinski y Barbu.

Goles: Dorado, Scarone, Anselmo y Cea.

27 de julio:

URUGUAY 6 YUGOSLAVIA 1

URUGUAY: Ballestrero; Nasazzi y Mascheroni; Andrade, Fernández y Gestido; Dorado, Scarone, Anselmo, Cea e Iriarte.
YUGOSLAVIA: Yakchitch; Yocovitch y Mihaylovitch; Arseniyevitch, Stefanovich y Djokitch; Tirnantich, Maryanovitch, Beck, Vudaninovitch y Sekoulitch.

Goles: Vudaninovitch (Y.); Cea (3), Anselmo (2) e Iriarte.

30 de julio:

URUGUAY 4 ARGENTINA 2

URUGUAY: Ballestrero; Nasazzi y Mascheroni; Andrade, Fernández y Gestido; Dorado, Scarone, Castro, Cea e Iriarte.
ARGENTINA: Botasso; Della Torre y Paternoster; J. Evaristo, Monti y Suárez; Peucelle, Varallo, Stábile, Ferreyra y M. Evaristo.

Goles: Dorado, Cea, Iriarte y Castro; Peucelle y Stábile (A).

LOS PESOS DE 1930...

Algo más de cuarto millón de pesos uruguayos (¡de antes!) quedaron en las boleterías de Pocitos, Parque Central y el flamante Estadio Centenario. Contrariamente a cuanto pudiera pensarse, el récord fue establecido en Uruguay-Yugoslavia, ocupando el cuarto lugar el clásico del Plata.

ESTADIOS	PARTIDOS		RECAUDACIONES	
P. Central	EE. UU.	3	Bélgica	0 \$ 11.237,30
Pocitos	Francia	4	México	1 \$ 1.482,30
P. Central	Yugoslavia	2	Brasil	1 \$ 13.736,20
Pocitos	Rumania	3	Perú	1 \$ 657,20
P. Central	Argentina	1	Francia	0 \$ 14.012,50
P. Central	Chile	3	México	0 \$ 4.160,00
P. Central	Yugoslavia	4	Bolivia	0
" " (doble)	EE. UU.	3	Paraguay	0 \$ 12.159,40
E. Centenario	Uruguay	1	Perú	0 \$ 25.811,50
E. Centenario	Chile	1	Francia	0
" " (doble)	Argentina	6	México	3 \$ 17.440,00
E. Centenario	Brasil	4	Bolivia	0
" " (doble)	Paraguay	1	Bélgica	0 \$ 8.406,70
E. Centenario	Uruguay	4	Rumania	0 \$ 30.735,50
E. Centenario	Argentina	3	Chile	1 \$ 18.198,40
E. Centenario	Argentina	6	EE. UU.	1 \$ 31.992,90
E. Centenario	Uruguay	6	Yugoslavia	1 \$ 35.057,20
E. Centenario	Uruguay	4	Argentina	2 \$ 30.000,00
15 etapas (3 de doble partido) m/urug.				\$ 255.087,10

El equipo uruguayo, Campeón del Mundo en 1930. Alvaro Gestido, José Nasazzi, Enrique Ballestrero, Ernesto Mascheroni, José Leandro Andrade, Lorenzo Fernández, Pablo Dorado, Héctor Scarone, Héctor Castro, Pedro Cea y Santos Iriarte. En seis años, tres veces en la cima del mundo: nadie ha hecho tanto en tan poco tiempo.

Foto: Del Río



DESARROLLO DEL CAMPEONATO

SERIE A

Países	Argentina	Chile	Francia	México	Puntos
Argentina	x	3-1	1-0	6-3	6
Chile	1-3	x	1-0	3-0	4
Francia	0-1	0-1	x	4-1	2
México	3-6	0-3	1-4	x	0

SERIE B

Países	Yugoslavia	Brasil	Bolivia	Puntos
Yugoslavia	x	2-1	4-0	4
Brasil	1-2	x	4	2
Bolivia	0-4	0-4		0

SERIE C

Países	Uruguay	Rumania	Perú	Puntos
Uruguay	x	4-0	1-0	4
Rumania	0-4	x	3-1	2
Perú	0-1	1-3	x	0

SERIE D

Países	EE. UU.	Paraguay	Bélgica	Puntos
EE. UU.	x	3-0	3-0	4
Paraguay	0-3	x	1-0	2
Bélgica	0-3	0-1	x	0

SERIE FINAL

Uruguay	6	URUGUAY	4
Yugoslavia	1		
Argentina	6	ARGENTINA	2
EE. UU.	1		

GOLEADORES URUGUAYOS

P. Cea	5
P. Anselmo	3
P. Dorado	2
H. Castro	2
S. Iriarte	2
H. Scarone	1

Sumaron 15 los goles orientales en la Rimet de 1930.

Argentina convirtió 18 y Guillermo Stábile fue el goleador del Mundial, con 8 tantos.

UN SORTEO PROVIDENCIAL

Había que sortear las semifinales; todo el mundo pensaba que lo mejor, lo más justo, lo más comercial si se quiere, era que Uruguay y Argentina no se encontraran antes de la final. El certamen habría perdido ese sentido de culminación de climax que inmejorablemente tuvo, si un sorteo desgraciado hubiese llevado a que los equipos del Río de la Plata lucharan para que uno eliminase al otro antes del último día; mejor dicho, el último día habría sido aquél en que uno de los dos eliminara al otro (como en 1954 nuestro último día ocurrió frente a Hungría).

Habíamos tenido que disputar por dos veces seguidas (1-1 y 2-1) con ellos la final de Amsterdam; éramos —unos y otros— los casi invariables finalistas de los Sudamericanos y los eternos rivales de las copas criollas de nombre inglés (Lipton, Newton). Habría sido injusto que el destino se hubiera interpuesto para que la gran ordalía final no quedara entre

los adversarios de los lados del río. Y el destino no se interpuso.

La FIFA lo convino todo, con las mayores garantías: se echaron a suerte cuatro bolillas, que numeraban así a los países semifinalistas: 1, Argentina; 2, EE. UU.; 3, Uruguay; 4, Yugoslavia.

El sorteo se hizo en acto público y se invitó a personas extrañas a extraer las bolillas; increíblemente ordenadas, salieron —en sucesión— las bolillas 1 y 2, decidiendo una semifinal entre Argentina y EE. UU. La otra estaba cantada, y no hubo que sacar más bolillas.

Se fijó el sábado 26 de julio para la semifinal entre Argentina y los EE. UU.; y el día siguiente, domingo 27, la semifinal entre Uruguay y Yugoslavia.

LA VIEJA PRIMACIA RIOPLATENSE

Uruguay había ido solo a la loca aventura de Colombes (1924) y la había ganado. Argentina, estimulada

por esa prueba, había concurrido a la de Amsterdam (1928) y nos había hecho de encarnizado opositor. En Amsterdam se había visto que el centro del fútbol, por esa época, estaba en el Río de la Plata. Las semifinales —ambas por la abundancia contundente del 6 a 1— lo confirmaron.

El sábado 26 de julio se jugó en el Estadio con una cancha pesada. Los norteamericanos no pudieron, en ese terreno, desplegar la velocidad atlética —velocidad de los hombres, no astucia en los desplazamientos ni ágil circulación de la pelota— que tanto los había caracterizado en su serie, y que allí les había servido para imponerse, sin un solo gol en contra. Ahora tenían que haberse las con un equipo que sabía jugar fútbol y que los traía a su juego: lento por las condiciones de la cancha, sutil, ingenioso y complejo por la sabiduría rioplatense. Los norteamericanos se vieron frenados y perplejos. Los argentinos hicieron un solo gol en el primer tiempo (a car-

Ya estábamos en la semifinal. Un día antes Argentina daba fácil cuenta de los estadounidenses y el domingo 27, los celestes enfrentaban a Yugoslavia. Se mantuvo el equipo de la arrolladora exhibición ante los rumanos. Andrade Gestido, Nasazzi, Ballestrero, Mascheroni, Lorenzo Fernández, Dorado, Scarone, Anselmo, Cea e Iriarte formando antes del partido. Debieron superar un tanto inicial adverso... pero terminaron amontonando seis goles en el arco de los europeos.





El gol del empate ante los yugoeslavos, obtenido una vez más por Pedro Cea. Tira Anselmo, rebote y gol del "empatador olímpico".

go de Monti) pero remataron su apabullante dominio con muchos goles en el segundo: a los 11' el "conejo" Scopelli, a los 24' Stábile, a los 35' y 40' el (ese día imparable) puntero derecho Carlos Peucelle. En los cinco minutos que restaban, hubo todavía dos goles: uno de Stábile, para que los de Argentina fueran 6, y el norteamericano "del honor", del puntero derecho James Brown. Y así fue como los argentinos —cronológicamente últimos en clasificarse semifinalistas— fueron los primeros en saber que tendrían una opción directa a la Copa, esa copa con una cariátide sobre fondo de alas, laureles y taza, esa figura semejante a las del obelisco de Zorrilla, hecha por Abel La Fleur y todavía (vísperas de México, 1970) sin dueño definitivo, porque nadie la ha ganado tres veces (Uruguay, Brasil e Italia van por la vuelta).

Al día siguiente, domingo, con la misma alineación dispuesta para ganarle a Rumania, el equipo uruguayo liquidó fácilmente las esperanzas de Yugoslavia. Acaso alguien pudo verlas cercanas cuando Sekoulich, en una jugada de contragolpe, consiguió ventaja para los europeos, a los 4'. Pero el equipo uruguayo, sin repetir el maravilloso primer tiempo contra Rumania, no se desconcertó y se dio a agobiar, con abismales diferencias de calidad de juego, a la defensa que terminaba en Yakchich, en su gorra y en sus guantes blancos. Cea —llamado "el empatador olímpico", título que consolidaría tres días después— emparejó las cifras. Y Anselmo, estupendo artista del fútbol, colocó dos goles más —el primero de ellos de cabeza— en el resto del primer tiempo; el cual fi-

nalizó así 3 a 1, sin posible incógnita, a favor de Uruguay. En el intervalo ya podía hablarse de la final entre los rioplatenses.

Tres goles más hubo en el segundo tiempo: de Iriarte el primero de ellos, de Cea los dos restantes.

Y de ese modo se llegaba —otra vez Uruguay y Argentina, como en Amsterdam— a la final por el reinado del fútbol del mundo.

POR LA COPA Y POR LA HISTORIA

Con un estadio rebosante y una tensión pública nunca superada para esta clase de hechos, el 30 de julio de 1930 se disputó el partido del Primer Campeonato Mundial de Fút-

bol, en el Estadio Centenario. Había acudido gran cantidad de argentinos, y se les había vendido un tramo superior de la Olímpica, a la izquierda si se toma en cuenta la posición de la torre, mirando hacia el campo.

La víspera fue febril. En el equipo uruguayo, Peregrino Anselmo —que había jugado magníficamente contra Rumania y Yugoslavia— pidió no ser alistado. Petrone estaba fuera de forma y fue incluido entonces Héctor Castro. Castro no dirigió la línea como lo hubiera hecho Anselmo ni shoteó como lo habría hecho Petrone; pero se filtró, empujó, saltó, hostigó, puso en todo un nervio y un temple que en partidos de esta índole se precisan. El manco Castro en la final de Montevideo, como el mono Gambetta en la final de Maracaná, era un hombre indicado. Luego se hizo la leyenda del muñón de Castro y sus efectos sobre las costillas de Botasso; excusas de malos perdedores, como hubo muchas por aquellos días.

Los argentinos, que entraban siempre a la cancha con impecable ambos gris de pantalón corto, habían ensayado varias combinaciones y alistaron ese día la que incluía a Juan Botasso (ya reemplazante de Bossio frente a EE. UU.); Della Torre y Paternoster; Juan Evaristo, Monti y Suárez; Peucelle, Varallo, Stábile, Nolo Ferreyra y Mario Evaristo.

Uruguay jugó con Ballestrero, Nasazzi y Mascheroni; Andrade, Fernández y Gestido; Dorado, Scarone, Castro, Cea e Iriarte.

Salieron al campo los argentinos primero, a las 14 y 10', y casi en seguida los uruguayos; intercambiaron ramos de flores, dieron los hurras juntos frente a la Olímpica y saludaron al público en un mismo acto.

El tercer gol uruguayo, cuando el partido era un monólogo celeste. Lo hizo Anselmo y Uruguay se va del primer tiempo ganando 3 a 1.





Por la copa y para la historia. Varallo, Monti, Evaristo, Paternoster, Suárez, Stábile, Botasso, Della Torre, "Nolo" Ferreyra, Nasazzi, Castro, Gestido, Andrade, mano y gorra de Ballestrero, Iriarte y Mascheroni en el saludo a un Estadio Centenario repleto.

Elegidas las vallas, correspondió a Uruguay jugar defendiendo el arco de la Amsterdam y a Argentina el de la Colombes. Uruguay había ganado el sorteo y prefirió jugar con sol en contra el primer tiempo: la acción del sol fue aducida, precisamente, como excusa del fracaso de Ballestrero en ocasión del segundo (y tan dudoso) gol argentino.

Uruguay empezó jugando mejor: atrás, Andrade se veía insólitamente pesado y Nasazzi debía cubrir esos continuos claros, adelantándose contra su costumbre de jugar en el área; Mascheroni y Lorenzo Fernández respondían notablemente, éste incluso en el quite (que nunca fue su fuerte); Gestido, no tanto.

El juego ofensivo uruguayo se hizo alimentando a los punteros, y el primer gol, a los doce minutos, vino precisamente por la punta derecha. El País del día siguiente lo narra así: "Gestido pasa a Fernández y éste a Castro. El centro forward cruza entre Monti y Della Torre y pasa la pelota a Scarone, que viene a la carrera. Scarone ha tropezado con la pelota y la ha dejado un poco atrás; pero se detiene y, aunque forzado porque Paternoster y Suárez ya lo acosan, consigue devolverla a Castro, quien por lo bajo la pasa a la derecha. Dorado, que llega a la carrera, avanza con la pelota dos metros más y hace un fuerte shot bajo que cruza la goal line en la mitad de la valla, sin que Botasso pueda evitar el gol".

Juan Evaristo —a quien el vicepresidente de la FIFA, Ing. Fischer, consideró luego el más admirable de los veintidós jugadores de esa tarde— trató de interponerse, sobre la línea misma del gol, y las fotos lo muestran, con su famosa boina blanca, tratando de rechazar una pelota que tuvo luego que conformarse con sacar del fondo de la red.

El gol fue una explosión pero, paradójicamente, esa explosión aflojó a los uruguayos, en tanto acendró el trabajo de los argentinos. Estos, como siempre, tenían una delantera superior a la defensa (con la ya anotada y solitaria excepción de Evaristo). Y la delantera empezó a percutir, hasta que —entre los 19 y 20 minutos, o sea entre 7 y 8 después de la apertura del marcador— se produjo el empate. "Monti recibe la pelota y la pasa a Stábile, que la pasa a Ferreyra —dice la versión periodística de que me abastezco, mucho más lineal y directa de las que lamentablemente escriben hoy. Este cruza la pelota a la derecha y Peucelle, después de eludir a Gestido, la consigue y mediante un shot corto, ligeramente alto, vence desde cerca a Ballestrero".

Ballestrero estaba "mal colocado, en ese instante", dice el album de Carbonell Deballi. "En el primer gol argentino no nos pareció muy listo —dice El País, juzgando la actuación del goalkeeper—. Creemos que confió demasiado".

Quienes confiaron también, a partir de ese instante, fueron los hinchas argentinos; y con toda razón. Como equipo, el suyo estaba funcionando mejor. Y acababa de remontar la desventaja.

El gol de Stábile que, allá por los 37' del primer tiempo, pondría en ventaja a Argentina, fue la incidencia más discutida del campeonato. Y cuando la prensa porteña se dio a acusar a Langenus, omitió decir que seguramente aquélla —que favoreció a los argentinos, y que pudo haber sido decisiva para la suerte de la Copa del Mundo— fue su más gruesa falla.

La controvertida conquista argentina vino en seguida de un shot de Castro que, ejecutado desde una distancia de sólo cinco metros, dio en el ángulo, cuando Botasso estaba vencido. "El rebote lo tomó J. Evaristo —cuenta el Album— quien, tras correr buen trecho, dirigió un pase largo a Monti. Este jugador despidió la pelota hacia adelante, por elevación, y cuando Nasazzi aprestábase a devolverla, aminoró el esfuerzo al advertir que tanto Ferreyra como Stábile se hallaban detrás suyo, en offside. El capitán olímpico levantó las manos pero el juez, mal colocado, no advirtió la infracción. Stábile y Ferreyra recibieron la pelota cómodamente y sin más enemigos que Ballestrero avanzaron con resolución, ensayando Stábile un shot alto, de frente, poderoso, que batió sin remedio al ar-



Peuceile, Varallo, Stábile, Ferreyra y Mario Evaristo: la delantera argentina encabezada por Guillermo Stábile, goleador del campeonato.

quero. Antes de sancionar el gol, el juez consultó al linesman señor Cristophe, para quien no hubo nada anormal; y señaló seguidamente el centro de la cancha".

El País lo cuenta de otro modo: "La pelota pasa por sobre Nasazzi, que ha saltado para cabecear sin alcanzarla, y cae dentro del área. Ferreyra y Stábile llegaban a la carrera, y éste último, que se posesiona de ella, sin adelantarse más hace un shot alto, que franquea la valla casi por el centro, al costado de la mano derecho de Ballestrero, que ha abierto los brazos como estorbado por el sol que recibía de frente".

Cuando juzga a Ballestrero, el cronista de El País anota: "El segundo tanto que se le señaló fue un gol muy fuerte, y aunque se le dirigió rectamente, el guardavalla uruguayo tuvo un gran enemigo en el sol".

Consultado Langenus acerca de por qué había validado el tanto, dijo: "Al hacer Ferreyra el pase adelante, Nasazzi estaba colocado entre los jugadores argentinos y su valla, adelantándose luego para cortar el pase, sin resultado, ocasión que aprovechó Stábile para vencer a Ballestrero".

Otros vieron el offside y lo señalaron como el único error de Langenus: así, Maquillón, el capitán del equipo peruano.

Lo cierto es que el gol se validó y, a siete minutos del intervalo, la Copa del Mundo parecía irsenos de las ma-

nos, en nuestra propia casa. Un silencio crispado —sólo turbado por las voces de aliento de los parciales ar-

gentinos, a quienes nadie molestó— recibió la pitada del belga, para ordenar el descanso.

UN SEGUNDO TIEMPO PARA HOMBRES

"En todo el stadium soplaba viento de angustia", escribe Carbonell Debali, con veleidades de tragedia griega. Y tal viento no amainó al reanudarse el juego. Por el contrario, en los diez primeros minutos fueron los argentinos quienes, con la tranquilidad que les daba la ventaja, se movilizaron mejor, aunque sin crear mayores apremios.

Pero a los 10' se produce un repunte uruguayo, que las crónicas atribuyen al hecho de que se afirmase el hasta entonces vacilante Gestido.

El gol del empate sobrevino a los 57' de juego (o 12' del segundo tiempo) y obedeció fundamentalmente a una genialidad de Scarone. Todo empezó con un free-kick, que Lorenzo Fernández cumplió en dirección a Castro. Este la entregó a Scarone y el "mago" aunque a tres metros de Botasso, se vio bloqueado por su posición forzada. Entonces, genialmente, pasó de cuchara la pelota por encima de su propia cabeza, hacia la izquierda. Quedaron fuera de juego Della Torre y Paternoster y la tomó Cea (el único hombre que ju-

Henry Cristophe línea, José Nasazzi capitán celeste, John Langenus árbitro, Ferreyra capitán albiceleste, y Saucedo, línea.





Doce minutos, tiembla el estadio, Gol de Dorado. Tiró Castro, rechazó Paternoster, recogió Dorado como venía y su tiro cruzado se le fue entre las piernas a Botasso. Uruguay 1 Argentina 0. Foto: DEL RIO

gó todos los matches de los tres torneos, 24, 28 y 30). Con tiro corto, hacia la izquierda de Botasso, Cea obtuvo el empate. El viento de angustia comenzó a soplar para otros...

Lorenzo Fernández, con su juego fuerte y viril, dominaba el centro del campo. Andrade parecía haber recuperado su proverbial plasticidad, y daba cuenta del ala izquierda argentina. Gestido afirmaba una gestión que lo había mantenido hasta el momento muy lejos de sus marcas de Amsterdam, Nasazzi, aliviado por el repunte de Andrade, podía volver a replegarse y Mascheroni contaba como un sólido back en la tarea de romper juego. El fabuloso Scarone, con la jugada del segundo gol, se había —por fin— despertado. Castro cumplía con crear peligro en sus arremetidas, y Cea —lento y, como siempre, poco espectacular— trabajaba arriba y abajo. De los punteros, Iriarte era el más veloz y endemoniado; pero Pablo Dorado, aun luchando con su situación de zurdo cerrado que ha sido colocado a la otra punta, acompañaba y habría de estar en el último gol, como colaborador inmediato. Ballestrero, entre tanto, tenía poco trabajo.

El equipo argentino, que podría haber entrado a conservar la ventaja y la había perdido, anímicamente no hacía pie. Y su defensa insinuaba los claros que todo el mundo conocía.

En esas condiciones, el empate duró sólo 11', de los 57' a los 68' (de los 12' a los 23' del segundo tiempo).

El gol de Iriarte fue seguramente el más hermoso de la tarde. Mascheroni cortó una carga de Varallo y se fue adelante sin que nadie lo marcara, alrededor de 30 metros. Cuando Monti le salió al cruce, la pasó a Iriarte. El puntero tuvo relativa comodidad para prepararse y, desde

una distancia entre 25 y 30 metros, golpeó la pelota en el famoso zapa-tillazo que abrió el camino hacia la Copa. Botasso se lanzó hacia la derecha, con el brazo de ese lado en alto, pero la pelota entró por el ángulo superior derecho y quedó colgada, entre el tubo metálico y la red. "Castro se apresuró a ponerla en libertad, siguiendo una cábala" (la misma cábala por la que Nasazzi impidió años después que Eduardo García descolgara, en la misma valla de la Amsterdam, el cañonazo de Young).

Hubo todavía un momento de pánico cuando Varallo shoteó contra la valla desguarnecida y Andrade interceptó la pelota casi sobre la lí-

nea del gol. Pero se pensaba ya que no podía haber más que un ganador, y el gol de Castro (a los 89', 44' del 2º tiempo) lo confirmó. Ballestrero sacó una pelota, dándola a Cea, quien la pasó a Iriarte. El puntero dribló a Evaristo y a Della Torre, lanzando un centro pasado. Lo rechazó mal Arico Suárez y la pelota fue a los pies de Dorado, quien volvió a centrar. Saltaron Della Torre y Castro, y el delantero logró cabecear, venciendo por última vez a Botasso. Cuatro a dos.

Había minutos de descuento pero transcurrieron en el delirio. Cronistas que habían apuntado prolijamente todas las jugadas, hasta ese momento, confiesan que ya no pudieron

Empata Argentina. Pecucelle tiró alto, a la izquierda de Ballestrero que no atinó ninguna defensa.





Treinta y siete minutos: Argentina 2 Uruguay 1. Un tiro de Castro dio en el palo y en el contrataque Stábile convierte.

seguir haciéndolo. Cuando Langenus pitó, Uruguay era —por tercera vez— el mejor de todos; y, en la primera ocasión en que se disputaba la Copa, Campeón Mundial de Fútbol.

Ovaciones, izamiento de la bandera nacional en la Torre de los Homenajes, abrazos, vítores, lágrimas. Los aficionados argentinos, después del gol de Iriarte, habían dejado vacía su esquina de la Olímpica. Una

foto del día siguiente (leña para la hoguera) lo mostraba, con una flecha que en su cuerpo en blanco llevaba escrito "Aquí estaban los argentinos". Y la leyenda, al pie, hablaba de "un núcleo numeroso de argentinos, en quienes la amargura de la derrota ha podido más que la esquisitez del espíritu"...

OPINIONES Y RECONOCIMIENTOS

Francisco Olazar, entrenador del equipo argentino, reconoció la justicia del triunfo uruguayo y reconoció el bajo rendimiento de los suyos. Lo atribuyó a anónimos recibidos en los días inmediatamente anteriores al match. Zumelzú se excluyó por esa causa, dijo. Se quejó del juego agresivo de Lorenzo Fernández y dijo que la diferencia justa debió ser la de un solo gol, a favor de los uruguayos.

"Fue una lucha emocionante, que terminó con el triunfo de los que mejor habían jugado", dijo Monsieur Rimet.

"El equipo uruguayo ha ganado el encuentro porque para ello jugó más y mejor, superando la labor de su

Cincuenta y siete minutos. El rostro de Botasso lo dice todo: empate celeste. Scarone dio por encima suyo y de Paternoster a Cea, que tiró corto. Fue la obra de un predestinado para empatar las más difíciles instancias.



adversario", dijo el juez de la FIFA, John Langenus.

"Los uruguayos merecieron ganar porque fueron —son aún— superiores", dijo el Ing. Fischer, vicepresidente de FIFA, al llegar de vuelta a Barcelona.

Lo mismo opinaron —y estaban más allá de la cortesía, porque todo había terminado— los presidentes de las delegaciones de Bélgica, de Bolivia, de Chile, de EE. UU., de Paraguay, de Rumania, de Yugoslavia. Recoge tales opiniones el album de Carbonell Debali, junto a los comentarios de la "prensa seria" de Buenos Aires. Hasta aquí, todo era reconocimientos, aplausos, zalemas. Sin embargo, a otro nivel menos ceremonioso, la leyenda negra ya había empezado.

LA LEYENDA NEGRA: PARA UNA SOCIOLOGIA DE LA (IN)CULTURA

Los gérmenes de esa leyenda negra vienen de muy atrás: deben venir de 1903, de nuestra primera victoria futbolística frente a la Argentina. La fornicación es el lirismo del po-



Sesenta y ocho minutos. Mascheroni trajo desde el fondo, cuando salía Monti dió a Iriarte, quién se acomodó y tiró desde treinta metros: tercer gol.

pulacho, decía Baudelaire. La pasión deportiva —podría parafrasearse— es el patriotismo de la merza. Allá y aquí.

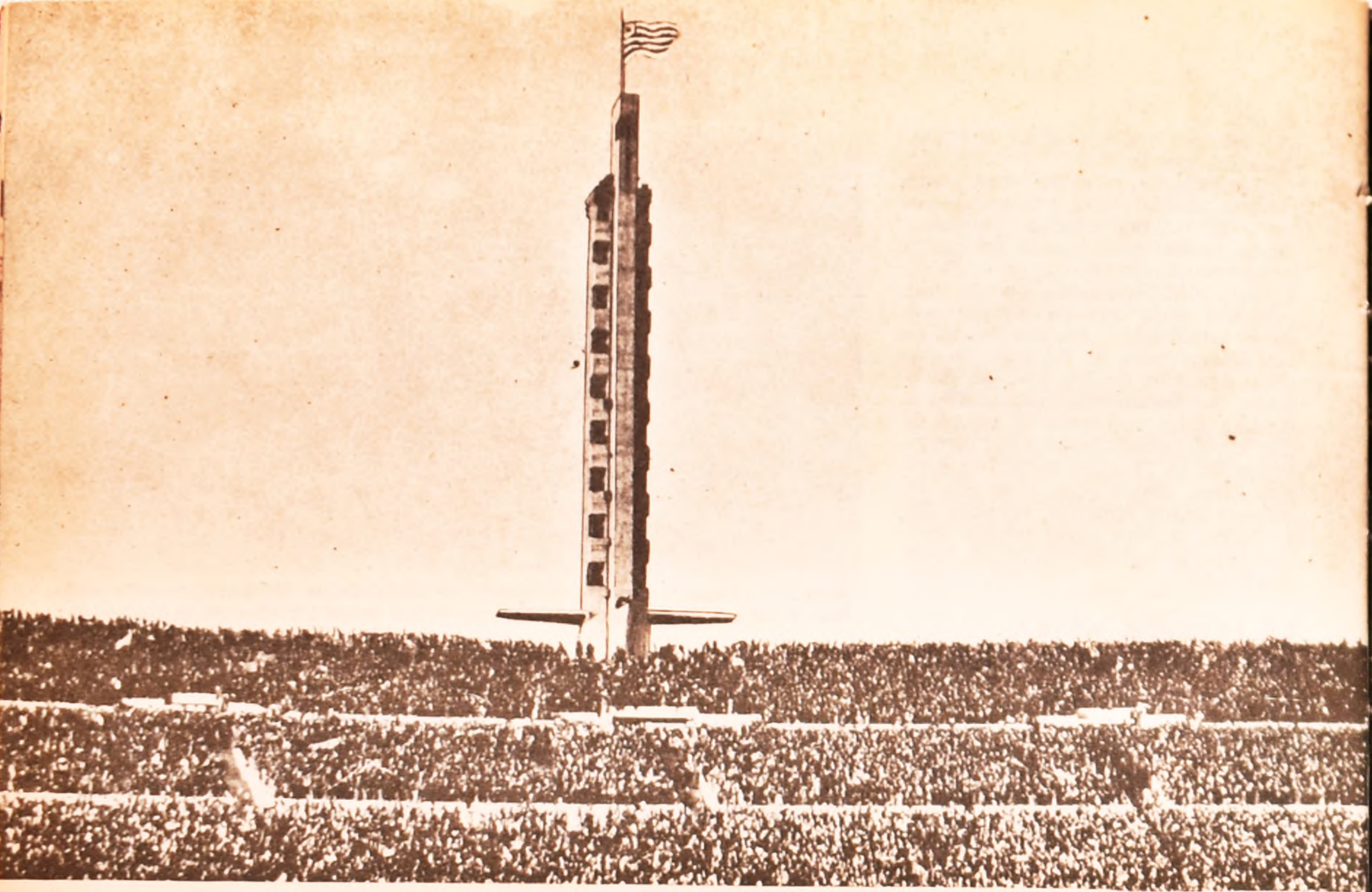
Cuando Uruguay ganó la Olimpia-

da de 1924 en fútbol, el equipo que había retornado victorioso fue invitado desde Buenos Aires. Acudió, en explicable actitud de cordialidad y turismo, y fue derrotado; cosa que,

Ochenta y nueve minutos. Cuarto gol. Vino el centro de Dorado, saltaron Della Torre y el manco Castro. Consiguió cabecear el gran delantero uruguayo venciendo a Botasso. La pelota aparece semioculta por el parante, después de rebasar la defensa del arquero argentino.

Foto: DEL RIO





La bandera uruguaya por primera vez en el mástil de la tribuna Olímpica. Público y jugadores la contemplan en aquella lejana tarde.

por lo demás, en la historia del fútbol rioplatense no debía extrañar a nadie. Pero hubo en Argentina quienes extrajeron de ese resultado una moraleja: si Uruguay era campeón olímpico y Argentina, ausente de Colombes, derrotaba al campeón olímpico, los futbolistas argentinos eran los mejores del mundo. Un diario editó tal filosofía con un título hiriente, que se hizo famoso: **Olimpícos Ja Ja Ja**.

Amsterdam pudo servir para probar que tales demostraciones hay que hacerlas sobre el campo adecuado. Pero entonces alguien editó la especie famosa de los **Campeones Morales**. Esta diatriba nos persigue: **Uruguay Campeao, Brasil O Melhor**. Otros eran campeones morales, otros eran los mejores. Uruguay ganaba.

La tarde misma del 30 de julio, apenas terminada la transmisión radiotelefónica del partido, las famosas turbas de siempre apedrearon el Consulado Uruguayo en Buenos Aires, Tucumán 410. Y **La Nación** contó (y censuró) el hecho de que algunos de esos exaltados se pusiesen a entonar el Himno Argentino, en el momento en que la Policía pretendía intervenir para calmarlos.

La leyenda negra de lo que había sucedido en la tarde del 30 de julio, estaba ya potencialmente en las pocas palabras de Olazar: anónimos,

Zumelzú tan nervioso que había debido excluirse del equipo (¿y Anselmo?). La delegación argentina la presidía un Sr. Manuel Albarells, que no se hizo mayormente notorio. Pero como delegado figuraba el Dr. Augusto Rouquette, pequeño, move-dizo, jactancioso, con todas las virtudes de arrogancia que el montevideano atribuye al porteño.

Los argentinos, en el espíritu del Dr. Rouquette, se corrían virtualmente una fija. Es fama que cuando, a raíz de su encuentro con el muñón de Castro, hubo que asistir a Botasso y el masajista uruguayo llegó rápidamente junto a él, al levantar la tricota del golero encontró, debajo, una camisa predispuesta para la hora de la victoria en la que se leía, a grandes letras sobre el pecho, "**Campeones del Mundo**". Los jeeps con laureles que llevarían a Adhemir y a los suyos, no están solos en la historia de las finales por la copa del mundo...

El Dr. Rouquette se dio a hacer declaraciones: contra la organización del certamen, contra las condiciones de inseguridad del Estadio Centenario, contra los jugadores uruguayos, contra lo que fuese. Las difamaciones del Dr. Rouquette, en la hora de la ofuscación, condujeron a los dirigentes del fútbol argentino

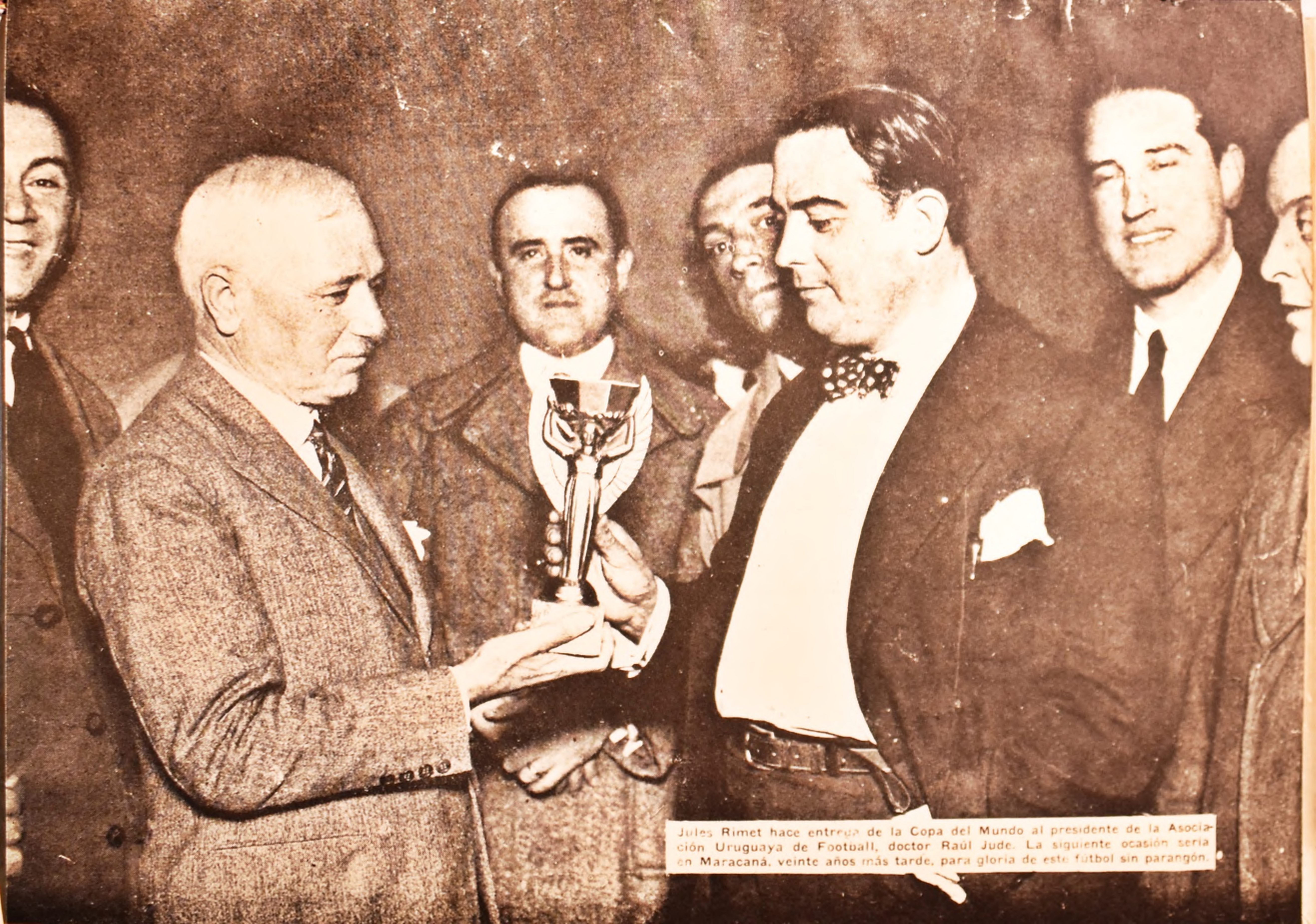
a romper con el Uruguay. Fue lamentable, fue así.

La incultura habita, claro está, las dos orillas. Y el desplante fanfarrón de los que han ganado no es menos audible que el resuello dolorido de los que han perdido.

Por supuesto, entre quienes van ganando tales expresiones tienen que correr por la cuenta de lo anónimo. Y por la cuenta de tal forma de creación espontánea, en Montevideo se hizo famosa, con música de un cuplé de moda, la letra que, divulgada por la Troupe Ateniense y cantada en todos lados decía:

Ahí va Rosquete,
el que preparó el paquete,
muerto de pena
igual que una magdalena,
y el pobrecito
se queeeaja de verdá
y dice que cuatro goles
es una barbaridá...

El tiempo es cultura, incluso en el fútbol. Cuando en Maracaná otros uruguayos aguaron una fiesta planeada con mucha y se diría que legítima anticipación, los dueños de casa se limitaron a crear la leyenda de Obedulio y a lamentar el renuncio de Barboza. Pero no hubo Rouquettes ni rupturas de relaciones.



Jules Rimet hace entrega de la Copa del Mundo al presidente de la Asociación Uruguaya de Football, doctor Raúl Huidobro. La siguiente ocasión sería en Maracanã, veinte años más tarde, para gloria de este fútbol sin parangón.

EL PROXIMO JUEVES APARECE

EL PROFESIONALISMO

CARLOS LOEDEL

Un estudioso del fútbol, Carlos Loedel, entrega un trabajo donde establece las grandes líneas del desarrollo del sistema profesional implantado en nuestro fútbol, tanto en sus aspectos políticos como deportivos, entresacando aquí y allá hechos que pautan épocas. Se analiza desde la instauración misma del régimen a los años que corren.

PLAN DE LA COLECCION

1. LOS ALBORES DEL FÚTBOL URUGUAYO.
Franklin Morales.
2. LOS CAUDILLOS.
Carlos Soto.
3. EL FÚTBOL DEL 12.
César L. Gallardo.
4. HISTORIA DEL CLUB NACIONAL DE FOOTBALL.
5. URUGUAYOS Y ARGENTINOS.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
6. HISTORIA DE LOS CLÁSICOS
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
7. 1924: COLOMBES.
Carlos Manini Ríos.
8. GOLES Y GOLFADORES.
Ricardo Lombardo.
9. PEÑAROL.
Ulises Badano.
10. LOS NEGROS EN EL FÚTBOL URUGUAYO.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
11. 1928: AMSTERDAM.
Julio Bayce.
12. LOS MAESTROS.
César L. Gallardo.
13. EL MUNDIAL DEL 30.
Carlos Martínez Moreno.
14. EL RÉGIMEN PROFESIONAL.
Carlos Loedel.
15. LA COPA URUGUAYA.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
16. EL NACIONAL DEL 40.
Raúl Biengio Brito.
17. LOS CAMPEONATOS SUDAMERICANOS.
Carlos Loedel.
18. MARACANÁ.
Nilo J. Suburú.
19. EL FÚTBOL DEL INTERIOR.
Juan Carlos Fernández Arbenoiz.
20. LA EVOLUCIÓN DE LAS TÁCTICAS.
Rafael Bayce.
21. PEÑAROL CAMPEÓN DEL MUNDO.
Sergio Decaux.
22. LOS EMIGRANTES.
Carlos Lorenzo.
23. LA GARRA CELESTE.
Alberto Silvio Montaña.
24. LOS ARQUEROS.
César L. Gallardo.
25. EL MUNDO DEL FÚTBOL.
26. EL CUADRO IDEAL DE TODOS LOS TIEMPOS.
27. LA COPA DEL MUNDO.
28. MÉXICO 70.

LA EDITORIAL PODRÁ MODIFICAR ESTOS TÍTULOS O SU ORDEN.

TODOS LOS JUEVES

1 CAPITULO DEL FUTBOL MAS GLORIOSO
CON 1 LAMINA CENTRAL EN COLORES

EJEMPLAR
DE
COLECCION